

Hombres, ideas y libros

Otros aspectos del pesimismo inglés

París, Octubre de 1928.

EN su libro *England* el Dean Inge no oculta su pesimismo. En otra parte he puesto mi conato en describir su melancólica visión del porvenir inglés. Según el escritor que se complace en acumular sombríos presagios, el ciudadano británico ha predominado hasta ahora sobre sus rivales gracias a su voluntad que se mantiene en tensión constante, pero ahora se enflaquece su energía y se presenta ante los pueblos que combaten su predominio tal como es en realidad, perezoso, aburrido y estúpido.

El Dean se preocupa de recientes manifestaciones de división en el Reino. En el seno de éste se forman «las dos naciones», que ya describió en su época Disraeli. «Sus civilizaciones, dijo hace ochenta años, no son dos etapas de la misma civilización, sino dos civilizaciones, dos tradiciones que rivalizan.» Una de esas naciones, la inferior, desnuda de sentimientos patrióticos, hostil y acerba, defiende tan sólo sus intereses propios y turba continuamente la paz interna, con huelgas y amenazas, en verdadera guerra civil. En el ejército revolucionario se juntan no solamente tímidos y honestos obreros que obedecen a la presión de un *meneur*, sino también la turba de los degenerados, imbeciles o neuróticos, que no pueden adecuarse a un orden social complejo. Esta es, nota el escritor, la enfermedad del indus-

trialismo: aparece donde la máquina interviene en gran escala, en las ciudades tentaculares más bien que en las comunidades rurales. En las antiguas luchas políticas, conservadores y liberales o radicales, *tories* y *whigs* respetaban la unidad del país, el orden constitucional. Ahora el trabajador se ufana de recibir órdenes y estipendio del extranjero y no teme desquiciar la fábrica industrial.

Se observa, al mismo tiempo, una tendencia disgénica en la población, fecundidad en los hogares de las clases inferiores y malthusianismo, angustiosa previsión en las familias más principales, en la alta clase media y en la aristocracia. Para conservar el mismo nivel de existencia, para no descender en la escala social, las familias ricas renuncian a engendrar hijos. Así domina, en vez de la eugenesia, el abandono de los barrios pobres, de los *slums*. La raza que se renueva merced a elementos viciados, degenera. Una barbarie interior va amenazando a la nación, inversión de influencias y de valores. El inglés no lucha porque ha perdido su antiguo ímpetu y se resigna a desfallecer y a morir.

En otros volúmenes publicados en los últimos años topamos con igual pesimismo. Es cierto que ninguno de estos escritores, aunque sufra desmedro el poder de la isla altiva, abandona a la madre patria doliente. Todos ellos declaran, como el Dean Inge, que nunca, ni cuando se entenebrece el horizonte ante sus miradas, han deseado dejar de ser ingleses. En 1926, un filósofo de Oxford, Mr. Schiller, que se distinguió en brillantes campañas en favor del pragmatismo, se convirtió en *Cassandra*, en un pequeño libro ingenioso. Estudiaba en él, con menos extensión que el Reverendo Inge, la condición actual del Imperio Británico, heredero del Imperio Romano. Antecedia el acabamiento de su gradeza y de su poder, primero en Europa porque ha abandonado su magnífico aislamiento y no sabe ya defender el equilibrio de pueblos, desarmar y abatir al más vigoroso; en Asia donde se levantan naciones remozadas contra su hegemonía, en nombre de la doctrina wilsoniana. En todos los continentes los «Dominios» que fueron poblados por ingleses se

sienten seguros de sí mismos y aspiran a una independencia completa.

Por otra parte, entre las dos grandes familias sajonas, no cabe ya amistad duradera. En Estados Unidos se considera posible la guerra con la antigua metrópoli y las unidades navales que va construyendo destruyen la supremacía de Inglaterra, su pregonado navalismo. El Reino no dispone ya de los océanos, *never again will Britannia rule all the waves*. Mr. Schiller observa que tanto en los Dominios como en la República norteamericana va dominando un desdén petulante por la actividad del Viejo Mundo, «pequeña parte del planeta cuyo apogeo ha terminado y que se halla habitada por gentes que pelean continuamente y sacrifican lo que hay de más grato en la vida a vendetas sobre asuntos triviales» *.

El filósofo declara humildemente que Inglaterra puede pervivir si se une, con sentimientos de sincera amistad, al Gobierno de Washington, cuya oposición destruiría al Imperio en una década. En efecto, empieza una edad plutocrática en que nadie podrá rivalizar con un gran país que fundamenta su autoridad sobre una sólida organización financiera, que no se impone en nombre de la conquista, predica paz y se anexa, al mismo tiempo, nuevos mercados. Como ejemplo de esta plúmbea influencia alude el autor a la presente actitud de nuestras democracias siempre inclinadas a la lucha. Porque temen las severas admoniciones de los banqueros, «los generales sudamericanos aprenden a dominar sus instintos revolucionarios».

No es de hoy este desencanto. Hace veinte años, en 1909, apareció un volumen sobre la situación de Inglaterra. Su autor, Mr. Masterman, era un político de nobles intenciones reformadoras. Sin incurrir en extremo pesimismo, notaba ya signos de estancamiento. Una seguridad que podía ser transitoria y que

* Notemos que coincide esta observación con la de un escritor francés M. André Siegfried que acaba de publicar un libro notable sobre los Estados Unidos. Según él, la población de éstos, en su mayoría, desdeña a los pueblos europeos, «inmorales y decadentes, ignorantes de las más elementales prescripciones de higiene, dominados por sacerdotes fanáticos, constantemente amenazados por la anarquía o la revolución».

era en todo caso artificial, mediocridad general, ostentación en la vida privada, trágica miseria en los bajos fondos sociales. La plutocracia imperante ha creado una máquina complicada y no puede ya gobernarla. Fariseos los de la Isla, como los llama un novelista, Mr. Galsworthy, conquistadores como los romanos, fuertes y rudos, capaces de considerar los negocios humanos con reglas de justicia fría, imparcial e indiferente, aptos para el esfuerzo eficaz. Tales fueron en el pasado, pero ahora se muestran incapaces de examinarse a sí mismos, de criticar sus defectos y sólo buscan juegos, placeres y confort. Muere y se ríe, dice del inglés anterior a la guerra Mr. Masterman; degenera, desdeña a los demás y vive agitado, huyendo de la reflexión y del silencio. *Moritur et ridet.*

Entretanto nuevas gentes, en mayor número que en otras épocas, sobre todo que en la época del hambre, hacia 1840, vencen la pobreza, viven sin privaciones y también buscan placeres y emociones con frenesí semejante al de las clases altas. Acumulan dinero, abandonan los campos y contribuyen a agravar la condición artificial de la nación. Mr. Masterman considera que si por algo peca la producción inglesa no es ciertamente por la acumulación de riqueza sino por la distribución de ellas. El también declara que ha de dirigirse el esfuerzo de los reformadores ingleses hacia una igualdad económica mayor, porque si conviven dos naciones armadas hasta los dientes en el país, las fuerzas de destrucción podrán aniquilar la civilización brillante y frágil del siglo veinte. No se decide ni por el optimismo ni por el pesimismo. Falsas se le antojan estas posiciones extremas en un mundo como el actual que cambia continuamente. Todas las edades, escribe, son a la vez nobles y criminales, el progreso parece imposible y siempre se realiza, se maridan en las sociedades humanas el egoísmo y el espíritu de sacrificio, la fatiga y el entusiasmo.

Han pasado veinte años y se ensombrece el cuadro. Como la crisis se prolonga, el Dean Inge cree que, para salvarse, Inglaterra ha de aceptar nuevos valores fundamentales, condenar la moral de la conquista y de la guerra. Humilde y pobre otra

vez, resignándose las clases ricas a una existencia estrecha dominada por austeros deberes, reinará el generoso idealismo de otro tiempo en el acabamiento del predominio material. Las Iglesias deben contribuir a esta revolución moral, condenando los hábitos y las ambiciones del mundo, renunciando a impuros pactos que las ligan con los poderosos. Unidas la moral griega y la doctrina cristiana ennoblecerán a los hombres enseñando que las almas libres no se atan, con pasión inferior, a los bienes de la tierra. Cristo y Aristóteles dominarán, como en la Edad Media, en los tiempos venideros.

FRANCISCO GARCIA CALDERON.

*Propiedad exclusiva de
ATENEA en Chile.*